ESCENA 2: UNA TIERRA Y UN REY PARA EL PUEBLO DE DIOS

JOSUÉ: EL REGALO DE LA TIERRA

Habiéndolos formado en el desierto, ahora Dios da al pueblo una tierra en la cual ellos pueden vivir y cumplir su llamado a ser una nación ejemplo. El libro de Josué narra el relato de la conquista israelita de Canaán, bajo el liderazgo de Josué. Tomar posesión de su propia tierra es un enorme adelanto en el relato de la nación de esclavos que salieron de Egipto. Aunque los israelitas pelearon varias batallas, la narración recalca una y otra vez que los israelitas dependen enteramente del Señor para tener éxito. De hecho, la tierra es un regalo del Señor, quien está cumpliendo las promesas hechas a Abraham, Isaac, Jacob y Moisés.

Josué se prepara para la conquista al enviar espías una vez más a reconocer la tierra. Su informe no tiene el tono de temor que dominó el informe de los espías que envió Moisés cuarenta años antes a Canaán (Jos 2: cf. Nm 13). Animados por este informe más favorable, los israelitas se disponen para entrar en su nueva patria. El arca del pacto va delante de ellos, deteniendo las aguas del Jordán y permitiéndoles cruzar. Ellos erigen un memorial de doce piedras tomadas del lecho del río para recordar que el Señor les hizo posible cruzar este río y tomar posesión de la tierra.

El que esta conquista sea obra del Señor está ilustrado en un vívido incidente que sucede justo al oeste del río, cerca de Jericó. Un ángel con una espada en su mano se le aparece a Josué. Cuando Josué le pregunta de qué lado está, el ángel le contesta: «De ninguno, sino que me presento

a ti como comandante del ejército del Señor» (Jos 5:13-15). Claramente, no es Josué si no que el Señor mismo el que está a cargo de esta campaña: solamente el Señor concederá el éxito.

Los detalles de la conquista de Jericó refuerzan repetidamente este concepto. Siguiendo la instrucción del Señor, los israelitas marchan alrededor de Jericó por siete días, con el arca (que representa la presencia del Señor) guiándoles en el camino. El séptimo día las paredes de Jericó colapsan al sonar de las trompetas y al grito del pueblo. Entonces los israelitas atacan la ciudad y destruyen a todo ser vivo en obediencia al mandato del Señor (6:21). Solamente guardan a Rahab y a su familia, quienes cooperaron con sus planes.

Varios aspectos de esta «guerra santa» son difíciles de entender para nosotros. ¿Fue realmente justo y necesario matar a todos los ciudadanos de Jericó y a sus animales? Aun así, Dios es bastante claro en las instrucciones que da a los israelitas. (Se tratará una discusión de estos asuntos más adelante en esta misma sección). Ellos *debían* pelear de esta manera; de hecho, su primer intento (justo después de la derrota de Jericó) de conquistar el pueblo de Hai termina en derrota precisamente porque un hombre, Acán, de la tribu de Judá, desobedece a Dios al guardarse algo del botín de Jericó para sí mismo (Jos 7). Esta desobediencia es tomada muy seriamente y Acán es apedreado hasta morir. Después de esto, los israelitas conquistaron exitosamente Hai (Jos 8), pero esta vez se les permite llevarse el ganado y otros bienes de la ciudad, tal como el Señor había instruido a Josué. El problema anterior en Hai causado por el pecado de Acán es un recordatorio de que Israel sería exitoso en la tierra solamente si el pueblo permanecía en obediencia al Señor y guardaba los términos de su pacto.

Después de la conquista de Hai, Josué cumple con los mandatos que Moisés dio en Deuteronomio 27:1-8 al renovar el pacto entre el Señor y los israelitas (Jos 8:30-35). Los israelitas hacen una asamblea colocándose a ambos lados del arca del pacto, la mitad de ellos frente al monte Gerizim y la mitad frente al monte Ebal. En la ceremonia, Josué lee la ley a los israelitas para que ellos entiendan claramente las opciones de bendición o maldición que tienen delante de ellos. Dios está dándoles la tierra para que ellos puedan vivir como el pueblo de Dios y para ser una luz a las naciones. Pero Dios no tolerará comportamientos que estén en desacuerdo con su llamado. Israel descubriría pronto que fallar en la obediencia a Dios es costoso.

Los capítulos 9–12 narran los relatos de las campañas con las cuales Josué y los israelitas conquistaron toda esta tierra. Casi al final de esta fase de conquista leemos este resumen: «Así logró Josué conquistar toda aquella tierra, conforme a la orden que el Señor le había dado a Moisés, y se la entregó como herencia al pueblo de Israel, según la distribución tribal. Por fin, aquella región descansó de las guerras» (11:23). Los capítulos 13–19 narran cómo la tierra fue asignada a cada una de las tribus de Israel. La herencia de cada tribu se asigna por sorteo (14:2-3).

El libro de Josué termina con los israelitas ya establecidos en la tierra. Esto es un hito importante en el cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham. La tierra prometida para los descendientes de Abraham ha llegado a ser una realidad; el escenario está puesto para que Israel viva como una luz a las naciones. La respuesta de Dios a la sublevación que sucedió en su buena creación fue elegir a un hombre, Abraham, y luego recobrar parte de la tierra y colocar a los descendientes de Abraham allí. Ahora que Israel habita la tierra, ellos deben ser el sabor, la figura de

lo que Dios pretende para toda la creación. Una vez más se nos recuerda la preocupación de Dios por el mundo entero.

Este lugar particular de la tierra de Dios es un regalo a los israelitas; Josué la describe como «esta buena tierra» (23:15; cp. Dt 6:10-11) y como una clase de segundo Edén. Así como Adán y Eva en el jardín, Israel no es libre de explotar la tierra a su gusto, sino que deben vivir en la tierra con el Señor, y las leyes de Dios les instruyen acerca de cómo administrar la tierra y a su pueblo adecuadamente. En particular, las leyes del Sabbath sirven como un poderoso recordatorio de que el Señor es el único que sostiene la creación y que hay más por qué vivir, que el mero consumismo. Así que, aunque puede ser posible que un granjero en Israel incremente un poco más la producción de sus cultivos si trabaja sus campos los siete días de la semana, al obedecer en cuanto al descanso semanal, el granjero muestra que está confiando en que Dios le prosperará. Dios promete, en sus leyes acerca del Sabbath, honrar con su bendición tal obediencia.

¿Vivirá Israel con este reto? Aparecen en el horizonte posibilidades grandes y maravillosas. Josué dice que la tierra es el lugar de descanso para los israelitas pero también es un lugar para prueba y tentación. De ninguna manera están todos los cananitas fuera de la tierra, eso amenaza que la paz permanezca y los israelitas han mostrado frecuentemente su propia disposición a rebelarse contra el Señor y perder así su bendición. Durante la vida de Josué el pueblo guarda el pacto (Jos 24:31), pero su futuro en la tierra dependerá de cómo ellos elijan vivir luego de la muerte de Josué. En su discurso de despedida a los líderes de Israel, Josué repasa su historia y les exhorta a decidirse a quién servir: a los dioses de los amonitas o al Señor Dios (24:15). Los israelitas responden al comprometerse a sí mismos a servir al Señor y Josué renueva el

pacto con ellos, recordándoles que la tierra es un regalo del Señor y que su futuro bienestar depende de cómo ellos amen y obedezcan a Dios.

El libro de Josué es parte esencial del relato bíblico y de nuestra comprensión del plan de Dios para el mundo entero. Pero como se mencionó antes, Josué presenta dificultades para el lector moderno. De hecho, la forma en la que enfoquemos este libro tendrá implicaciones importantes en cuanto a cómo narramos el resto del relato de la Biblia. Incluso entre cristianos que leen la Biblia como el relato de Dios, algunos ven las enseñanzas de Jesús como una contradicción radical a la «guerra santa» del libro de Josué. Muchos lectores modernos encuentran la destrucción masiva de los cananitas particularmente dura de aceptar. Aunque no podemos resolver enteramente estos problemas importantes, la línea del relato de la Biblia contiene varias pistas que pueden ayudarnos a comprender las instrucciones que Dios dio a su pueblo en el tiempo de Josué.

Ya hemos reconocido que Dios espera pacientemente hasta que el mal en la tierra de Canaán ha crecido hasta el punto en el que Dios se ve compelido a juzgar a su gente (Gn 15:6). Por encima de todo, la vida de Israel debe caracterizarse por la adoración exclusiva a Dios (el primer mandamiento), pero, viviendo entre los cananitas, los israelitas están en peligro de ser seducidos a la adoración de otros dioses.

Necesitamos ver este terrible llamado a expulsar a las naciones paganas en el contexto de su lucha contra la idolatría. Actualmente no tendemos a tomar los peligros de la idolatría tan seriamente, pero no se necesita más que una mirada superficial a nuestra situación como cristianos en la sociedad occidental para reconocer los peligros de comprometernos con las idolatrías de la vida moderna. A la

vez que debemos amar a nuestro prójimo, debemos también ser implacables en cuanto a rechazar la idolatría de nuestra vida personal y colectiva. La clave para entender el mandamiento de expulsar a los cananitas es recordar la santidad de Dios y darnos cuenta de cuánto está en riesgo en la fidelidad consiguiente de los israelitas al Señor.

JUECES: FALLAR EN SER LUZ A LAS NACIONES

A su muerte, Josué no es reemplazado como líder de los israelitas. La expectativa futura parece ser que los israelitas vivirán directamente bajo el gobierno del Señor con alguna ayuda de los ancianos delegados por Moisés y Josué. El gobierno es descentralizado, pero Israel no florece bajo ese sistema tribal. El libro de Jueces cuenta lo que ocurre una vez que Josué y su generación han muerto; y el relato no da mucho ánimo. Una y otra vez los israelitas hacen lo que es malo a los ojos del Señor y entonces el Señor los entrega en mano de sus enemigos. Jueces ilustra la caída en picado de Israel hacia la rebelión y el desastre a todo nivel conforme falla en su llamado de ser una nación santa.

El libro de Jueces comienza notando que Israel no prosigue la guerra contra la idolatría, fallando en expulsar a todos los cananitas de la tierra (Jue 1). En Jueces 2:1-5 el Señor pronuncia un juicio sobre el pueblo por su negativa a continuar con la guerra en contra de la idolatría pagana: Dios no sacaría a las naciones paganas que aún quedaban y sus ídolos serían una trampa para Israel.

De esta forma, la tentación de seguir a los viejos dioses de Canaán permanece y los israelitas sucumben regularmente a la tentación, sirviendo a los «baales» (2:11-13). Baal es un dios de la fertilidad y su plural indica las muchas manifestaciones locales de un dios. Los israelitas, al contrario de los cananitas, eran nuevos en la agricultura. La atracción seductiva de la religión cananita para los

recién llegados es su promesa de fertilidad para la tierra y para el éxito económico. Los israelitas se rinden ante los dioses que parecen entregarles bienes inmediatamente.

El juicio de Dios es ejecutado en ciclos que caracterizan la vida de Israel en el libro de Jueces:

- Los israelitas pecan al adorar a los «Baales y Aserás» (3:8), violando el pacto y provocando la ira del Señor.
- El Señor entrega a los israelitas en mano de sus enemigos.
- Bajo la opresión de sus enemigos, los israelitas claman al Señor por liberación.
- El Señor levanta un líder militar (un juez) para librarlos de su opresión (2:11-19). Todo va bien por un tiempo, pero cuando el juez muere y los israelitas olvidan la lección, se deslizan una vez más a la idolatría y todo el ciclo de aflicción se repite.

El primer juez mencionado es Otoniel, el hermano menor de Caleb (el hombre que fue la mano derecha de Josué). Debido a la apostasía de Israel, el Señor había «vendido» a la nación en manos de Cusán, un rey extranjero (3:7-11). Los israelitas sufren bajo su duro gobierno por ocho años. Luego ellos claman al Señor, quien levanta a Otoniel para librar a Israel del puño de Cusán. Después de eso, Israel goza de paz por cuarenta años, hasta que una vez más, «los israelitas hicieron lo que ofende al SEÑOR...» (v. 12).

El ciclo de desobediencia continúa a lo largo del libro, pero el nivel de pecado empeora hasta que el patrón circular de desobediencia —opresión, arrepentimiento, liberación— se convierte en una caída en picado hacia el caos. Los jueces siguientes llegaron a estar también más y más viciados y los israelitas abrazaron el libertinaje, la violación y el asesinato (Jue 19). Al final, la nación es sumida

en una guerra civil. Uno de los últimos jueces, Sansón, es en sí mismo una imagen de lo que su nación había llegado a ser: apartados para el servicio a Dios y fatalmente atraídos hacia al paganismo (Jue 13-16).

Sansón es un nazareo, un israelita que ha hecho un «voto de separación» para el Señor, de abstenerse de ciertas cosas (como el vino) por un período específico. Como señal de su separación, un nazareo se dejaría el pelo sin cortar. Las tres áreas prohibidas a los nazareos son la fertilidad (simbolizada por productos de la uva), la magia y el culto a la muerte —y estas eran las principales prácticas religiosas que los israelitas estaban tentados a adoptar de los cananitas. Así, la separación de un nazareo simboliza para todos los israelitas cómo debían vivir vidas santas, separados de estas prácticas paganas.

La separación y la santidad deberían ser las marcas de un hombre como Sansón, quien es nazareo de por vida (13:4-7), y de hecho, Sansón logra grandes cosas para Dios al librar a los israelitas de los filisteos por medio de muchos actos de fuerza súper-humana. Sin embargo, la propia vida de Sansón es un desastre. Se casa con una mujer filistea, se junta con prostitutas y al final es fatalmente atraído a otra mujer filistea, Dalila (Jue 16). Por medio de Dalila los filisteos descubren el secreto de la fuerza de Sansón, ¡su cabello! Cuando él duerme, Dalila corta su cabello y cuando despierta, su fuerza se ha ido. Los filisteos le arrancan los ojos y lo lanzan a prisión.

Pero el Señor le permite a Sansón vengarse de los filisteos. Durante una fiesta especial, los gobernantes filisteos celebran el poder de su dios Dagón sobre los israelitas (y por ende, sobre el Dios de los israelitas). Con el fin de entretenerlos, traen a Sansón y lo encadenan a los pilares del edificio. Para este tiempo su pelo ha crecido y su fuerza ha regresado; y en una última hazaña de fuerza, Sansón der-

riba el templo pagano sobre la multitud, terminando así su vida junto con la de ellos. «Fueron muchos más los que Sansón mató al morir, que los que había matado mientras vivía» (16:30). Este es un extraño epitafio, y la compleja —y muchas veces sórdida— vida de Sansón simboliza lo que Israel había llegado a ser. Aun así, Dios usa la vida y muerte de Sansón para librar a Israel.

El libro de Jueces comienza y termina con guerra. A su comienzo, la nación está envuelta en una guerra santa y al final del libro los israelitas están peleando unos contra otros. A lo largo de Jueces vemos una tendencia en los israelitas, en la que cada uno «hacía lo que le parecía mejor» (Jue 17:6; 21:25, NVI), en lugar de conducirse en el camino de vida de Dios. Para la época de Sansón, incluso el gobernante de Israel no obedecía a ninguna autoridad superior más que a su propia voluntad corrupta. Israel lo tenía todo, pero había olvidado el estándar perfecto de la ley de Dios.

SAMUEL: ISRAEL SE TRANSFORMA EN UN REINO

La necesidad de un rey

El libro de Jueces explica en su último versículo el largo descenso de Israel hacia el caos: «en aquella época no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía mejor» (21:25). Esto hace que surja una pregunta importante: ¿Qué liderazgo necesita Israel para vivir efectivamente como el pueblo del pacto de Dios? ¿Necesita Israel un rey? Por supuesto, en realidad, Israel ya tiene un rey: el Señor. Pero, ¿qué clase de liderazgo humano asegurará que Israel permanezca fiel al Señor?

Los libros de 1 y 2 de Samuel comienzan con el relato de una mujer estéril, así como con el de una nación estéril. (Es interesante notar cuán frecuentemente los nuevos avances

en el relato de Dios comienzan con esterilidad —Sara, Raquel, y la madre de Sansón, para nombrar algunos pocos). La mujer es Ana, y como los israelitas, quienes están en esa época oprimidos por sus enemigos, Ana clama al Señor que le quite el estigma de su infertilidad (1 S 1). La nación también es estéril en el sentido de que no está produciendo frutos de obediencia al pacto de Dios. Incluso la adoración formal a Dios se ha corrompido en Israel; ha perdido su sentido de santidad. Los hijos del sacerdote Elí son una vergüenza; no tienen «respeto por el Señor» (1 S 12:2). El nombre de uno de los nietos de Elí capta la seriedad de la situación: Icabod significa «la gloria se ha ido» (4:21). La verdadera gloria de la nación, la presencia de Dios entre los israelitas, literalmente se va de ellos cuando los filisteos capturan el arca del pacto.

Esta «arca» es una caja de madera especialmente decorada que contiene una copia de los diez mandamientos, simbolizando con esto la presencia viviente de Dios entre el pueblo. Los israelitas han comenzado a tratarla como si fuera un encanto mágico, una forma de traer a Dios a su lado cuando ellos están siendo amenazados por sus enemigos. Cuando Israel sufre una derrota en la batalla con los filisteos, ellos van en busca del arca y la llevan con ellos a la próxima escaramuza en un esfuerzo de garantizar la victoria. En lugar de que resulte para bien, los israelitas terminan aplastados. Treinta mil de ellos son masacrados y el arca misma es capturada por los filisteos. En esta derrota, ambos hijos de Elí son asesinados y Elí mismo muere del shock y la pena cuando escucha las terribles noticias.

La clase de rey de Dios

Aunque Israel no ha sido en realidad expulsado de la tierra, Dios se ha apartado de ellos y por medio del símbolo del

arca que ha sido capturada, ¡está viviendo en el campamento enemigo! Una vez más, la única esperanza de Israel es que Dios regrese a ellos y traiga vida nueva a su esterilidad. Y eso es lo que sucede: la presencia del arca entre los filisteos causa tal estrago que ellos están desesperadamente gustosos de devolverla a Israel (1 S 5-6).

Dios también comienza un nuevo capítulo en el relato cuando contesta la oración de Ana, librándola de su esterilidad y al mismo tiempo librando a Israel de su falta de integridad espiritual. Dios da un hijo a Ana, Samuel, que llega a ser el último de los grandes jueces. Como Sansón, Samuel también es nazareo (1 S 1:11, 24-28). Pero a diferencia de Sansón, Samuel sí es auténtico. Él es un líder carismático que libra con valentía a Israel de sus enemigos y que resuelve con sabiduría las disputas entre los mismos israelitas. Samuel es a la vez juez y sacerdote, y también ha sido honrado como profeta por la confiabilidad de sus palabras (3:19-20) y por su integridad (12:3-4).

Samuel también tiene cierta similitud con Moisés en el hecho de que también amonesta a los israelitas a volverse de los ídolos y servir al Señor de todo corazón (1 S 12). Pero quizá su rol más importante es como el hacedor de reyes designado por Dios. Aunque sus propios hijos Joel y Abías son designados para ser jueces en la tercera edad de Samuel, resultan ser más como los hijos de Elí que como su propio padre. Por ellos, los líderes de las tribus de Israel vienen a Samuel y le piden un rey «tal como lo tienen las otras naciones» (8:1-5).

Estas pocas palabras generan un acalorado debate entre Samuel, Dios y los ancianos de Israel, debido a que la cuestión de quién debería guiar al pueblo es central para la misma identidad de Israel (1 S 8). Si Israel debe ser una luz a las naciones y traerles bendición, entonces debe ser

diferente a ellas. Pero al pedir un rey tal como lo tenían las otras naciones, Israel parece querer ser como esas otras naciones. Samuel se queja ante el Señor, quien había advertido a los israelitas acerca de los peligros de un rey humano (8:11-18; cf. Dt 17:14-20). Pero los israelitas siguen reacios: ellos quieren un rey para guiarles y para proveerles de éxito militar; expresan que no quieren vivir más obedientemente como el pueblo del pacto de Dios. Al final, el Señor le dice a Samuel que atienda a los israelitas y que unja a Saúl como rey sobre Israel.

Aunque los detalles no están especificados, se nos dice que Samuel explica a los israelitas los «derechos y deberes de la monarquía», los que escribe y coloca en el tabernáculo delante del Señor (1 S 10:25; cp. Dt 17:18-20). Debido a los mensajes proféticos de Samuel de parte de Dios, en los que se provee de cierto control sobre el poder del rey, la monarquía en Israel permanece compatible con el pacto (por diseño). El oficio profético de Samuel está claramente diseñado para proveer un sistema de puntos de control y de balance en relación a la monarquía emergente en Israel. La lucha entre la profecía y la monarquía, entre las metas espirituales y los fines políticos caracteriza la historia subsecuente de Israel hasta el exilio.

Con el fin de que Israel no pierda su naturaleza distintiva, no solamente se le permite tener un rey, sino que debe tener también una teología de la monarquía. El Señor es el único que elige al rey, le ha ungido por medio de Samuel y le provee de su Espíritu. Solo entonces el rey es presentado públicamente a Israel. De esta manera, sus reyes humanos están firmemente establecidos como gobernantes bajo el gran Rey, el Señor. Cuando el profeta Samuel unge al rey de Israel, ese rey mortal llega a ser el mesías del Señor, «el ungido» (2:10; 10:1; 16:13).

Saúl gobierna infielmente

Bajo el liderazgo de Saúl, Israel logra un éxito militar significativo contra los filisteos. Pero la desobediencia de Saúl a Dios pone en riesgo su carrera hasta que eventualmente Dios remueve a Saúl del trono, como lo profetiza: «Como tú has rechazado la palabra del Señor, él te ha rechazado como rey» (1 S 15:23).

Bajo la dirección de Dios, Samuel busca al futuro rey y le unge: es David, un hombre joven de Belén. Desde este momento en adelante Saúl se vuelve más y más desquiciado mentalmente; David aumenta su prominencia mientras la de Saúl declina. El Espíritu viene sobre David, pero se aparta de Saúl (16:13-14). El éxito militar de David al vencer a Goliat y a los filisteos lo acerca a la atención de Saúl, y Jonatán, el hijo de Saúl, se convierte en el devoto amigo de David. Luego, David se casa con la hija de Saúl, Mical. Como músico habilidoso, David provee confort a Saúl durante los períodos de trastorno mental del rey, pero luego se convierte en el objeto de la ira maníaca de este hombre mayor.

La reputación creciente de David como líder militar inflama particularmente la envidia de Saúl. Escuchar a las mujeres israelitas cantar «Saúl mató a sus miles y David a sus diez miles» es demasiado para Saúl e intenta matar a David (18:7-11). El joven hombre se convierte en fugitivo con una banda de forajidos que recorren el campo. Sin embargo, Dios bendice a David con una cadena de victorias militares. Durante este período David tiene varias oportunidades de matar a Saúl, pero él se rehúsa a levantar su mano contra «el ungido del Señor» (24:6).

El reinado de cuarenta años de Saúl termina después de varios intentos sin éxito de matar a su sucesor señalado. Desesperado debido al silencio del Señor, Saúl con-

sulta incluso el consejo de una médium espiritual acerca de si debía lidiar con la amenaza militar de los filisteos (1 S 28). Al final de 1 Samuel y al enfrentar la derrota de su propia armada a manos de los filisteos, Saúl toma su propia vida (1 S 31).

Este no es un comienzo favorable para la monarquía en Israel. La siniestra historia de Saúl señala cómo la institución de un monarca humano es peligrosa para Israel. Una cosa está clara: Dios desea un rey que gobierne bajo Él, y que comprenda que solamente Dios es el soberano último de Israel. El rey humano bajo el propio reinado de Dios debe capacitar a los israelitas para vivir de acuerdo a su llamado pactual de ser una luz a las naciones. Por esta razón es que Dios trata decisivamente con la desobediencia del primer rey humano de Israel.

El relato de la ascensión y la declinación de la monarquía es contado en los tres libros dobles del Antiguo Testamento: Samuel, Reyes y Crónicas. Desde el relato de la muerte de Saúl en adelante, Crónicas cubre el mismo terreno que Samuel y Reyes. Es ampliamente aceptado que Samuel y Reyes se escribieron como un relato único con una narración continua, mientras que Crónicas es una obra separada; de esta manera, tenemos dos puntos de vista de esta parte del relato bíblico.

David gobierna fielmente

Después de la muerte de Saúl y Jonatán se desata la guerra entre las casas de David y Saúl, pero la facción de David crece continuamente y se hace más grande. Judá (la parte sur de la nación de Israel) escoge primero a David como rey (2 S 2:1-7) y luego todo Israel acepta esta elección (5:1-4). David disfruta más victorias militares contra los filisteos y comienza a consolidar su reino. Trae el arca del pacto de Dios a Jerusalén y luego también desea construir

una casa para el Señor. Pero Natán el profeta revela que no corresponde a David hacer esto, sino al hijo y sucesor de David. El Señor confirma a David como rey y promete establecerlo a él y a sus herederos en el trono de Israel.

En su pacto con David (7:5-16) Dios promete:

- Hacer grande el nombre de David;
- Proveer un lugar seguro para su pueblo Israel;
- Darle descanso de sus enemigos;
- Establecer la dinastía de David;
- Permitir que el hijo de David construya «una casa» para Dios;
- Establecer el trono de David para siempre.

Respondiendo a Dios con agradecimiento y adoración, David coloca estas promesas en clara relación con las promesas hechas mucho tiempo atrás a Abraham (7:18-29). Con este nuevo pacto con David, Dios constituye oficialmente a Israel como un reino, e Israel puede ahora cumplir su llamado a ser luz a las naciones como un reino. El rey humano de Israel guiará al pueblo para ser una nación santa y un real sacerdocio mientras remueve la idolatría de la tierra y le da descanso y shalom a Israel.

Al principio, bajo el gobierno del rey David, Israel goza de un tiempo de descanso y paz. Como era un exitoso y gran guerrero, David pronto asegura las fronteras de Israel. Él reina «sobre todo Israel, gobernando al pueblo entero con justicia y rectitud» (8:15). Es generoso en la victoria, mostrando amabilidad a los familiares de Saúl, como cuando da la bienvenida a su familia a Mefiboset, el hijo lisiado de Jonatán; dándole además, la propiedad de su abuelo Saúl.

Pero aunque David es el rey ungido de Dios, él también revela su naturaleza pecaminosa. El recordatorio de 2 Samuel registra un catálogo de sus pecados y errores de

juicio. David comete adulterio con Betsabé y luego conspira para hacer que su esposo sea asesinado. Pero Natán el profeta, llega a conocer estas cosas y confronta a David con una parábola con un aguijón real (2 S 11-12). Le cuenta a David un relato de un hombre rico, propietario de muchos rebaños y de un hombre pobre que solo posee un cordero, la mascota de la familia. Cuando el hombre rico necesita hacer una comida especial para un invitado especial, él sacrifica arrogantemente el cordero del hombre pobre en lugar de usar uno de los suyos. Esta narración de envidia e injusticia hace que el rey David se enoje tanto que promete llevar terribles castigos sobre el «hombre rico». Entonces, Natán se vuelve hacia el rey y declara: «¡Tú eres ese hombre!» David ha actuado en arrogancia y envidia al tomar la mujer de otro hombre.

Convencido de su pecado, David llora arrepentido delante de Dios y es perdonado (cp. Sal 51). Pero sus acciones conllevan trágicas consecuencias: El niño concebido por la unión adúltera de David y Betsabé, muere. Violación, asesinato y rebelión surgen en la familia de David. El juicio de Dios sobre David alcanza su punto máximo con la muerte de su amado hijo Absalón (ver abajo).

El libro de 2 Samuel termina cuando Dios da una respuesta positiva a la plegaria de David por que la hambruna termine. Esta es una señal segura de reconciliación entre el rey y el Señor. En las cortas notas evaluativas dadas en 1 y 2 de Reyes, en relación a cada uno de los reyes que vienen después de Salomón, David es invariablemente el estándar por el cual cada rey es medido. Por ejemplo, el corazón del rey Abías «no siempre fue fiel al Señor su Dios como lo había sido su antepasado David» (1 Re 15:3).

El interés principal del escritor bíblico es mostrar cómo cada uno de los reyes se relaciona con el Señor; al autor no le importan mucho otros logros reales tales como

grandes proyectos de construcción. Aunque sabemos por otras fuentes históricas que el rey Omri tuvo grandes logros en la arquitectura y en construcciones nacionales, el libro de Reyes lo descarta en pocos versículos como un rey que no agradó al Señor. En contraste, David es descrito como alguien genuinamente devoto; a lo largo del Antiguo Testamento su nombre es asociado con el libro de los Salmos, siendo él el autor de muchos de ellos. Los salmos revelan una profunda espiritualidad sorpresivamente complicada en este hombre y rey. Los historiadores de Israel llaman a David «el hombre conforme al corazón de Dios» (1 S 13:14). Él sirve como ejemplo de lo mejor que los humanos podemos hacer, siendo «cojos» debido a nuestros corazones pecaminosos.

Como hemos visto, nada resulta sencillo en el experimento de Israel con la monarquía. Cada paso parece tensarse con dificultades y esto también es verdad en la sucesión del rey David. La promesa de Dios de establecer el linaje de David para siempre hace poco para prevenir las luchas de poder entre sus herederos. Después de que Absalón, el hijo de David, levantara una fuerza militar, ocupa el trono y fuerza a David a huir por su vida (2 S 15), pero en el curso de la consiguiente batalla, Absalón mismo es asesinado. A petición de Betsabé, David finalmente declara a su hijo Salomón como heredero al trono y de este modo establece su dinastía (1 Re 1).

El reinado de David, con todo y sus defectos, permanece como una clave para entender el continuo relato de cómo Dios establece su reino. Dios promete establecer el reino de David para siempre: «Tu casa y tu reino durará por siempre delante de mí...» (2 Sam. 7:16). Ese reino «perdurable» vendría muchos años después en el futuro, cuando aquel que fue llamado hijo de David así como Hijo de Dios vino a anunciar su reino.

REYES: EL PACTO FALLA

Salomón comienza su gobierno sabiamente

Si David es mejor conocido por su confianza en el Señor y su profunda espiritualidad, Salomón tiene renombre por su sabiduría. Cuando él ofrece mil ofrendas quemadas al Señor en Gabaón, el Señor responde al ofrecer al joven príncipe cualquier cosa que le pida. Salomón se declara a sí mismo inadecuado para la tarea de ser rey y pide «un corazón entendido para gobernar al pueblo [de Dios] y para distinguir entre el bien y el mal» (1 Re 3:9). Al Señor le agrada esta petición y le promete a Salomón la sabiduría que ha pedido, como también riquezas y honor. La sabiduría de Salomón se vuelve legendaria: es un experto en sabiduría proverbial y tiene un extenso conocimiento acerca de plantas, animales, reptiles y peces (4:29-34). También se le acredita el hecho de establecer una estructura de gobierno en Israel (4:1-19).

El Antiguo Testamento incluye varios libros de «sabiduría»: Proverbios, Eclesiastés y Job. La asociación de Proverbios y Eclesiastés con Salomón indica la clase de pensamiento que él inició en la vida cultural y religiosa de Israel. En estos libros, la sabiduría trata con todo lo relacionado a cómo vivir de forma efectiva, cómo expresar la gloria de Dios en un mundo bueno (aunque caído). La sabiduría lo conforma a uno al orden que Dios estableció en la creación; comienza con «el temor del Señor», es decir, una profunda reverencia al Señor como el Dios Creador y Redentor (Pr 1:7) —precisamente la clase de actitud que Salomón manifiesta al reconocer que es una criatura humana falible, extremadamente dependiente de Dios.

«El temor del Señor» es también el punto de partida para un viaje de exploración que se extiende a través de

toda la creación. El fundamento de la sabiduría es reconocer que el Señor, es Dios el Creador: el tejido mismo de la creación viene del Señor. Por eso, aquellos que sirven al Señor sabiamente tomarán en serio toda la creación en su magnífica variedad. Esto es precisamente lo que Salomón hace: su sabiduría se muestra a sí misma en el estudio de plantas, reptiles, animales y peces, y en el estudio de cómo usar el lenguaje para resumir sus observaciones en aforismos breves y concisos. En el libro de Proverbios no hay área de la vida a la que la sabiduría no se enfoca, incluyendo la vida en familia, la sexualidad, la política, la economía, los negocios, y la ley. De hecho, al final del libro se encuentra un poderoso retrato de la sabiduría, encarnado en la «mujer virtuosa» que manifiesta su temor al Señor en una extraordinaria variedad de actividades (Pr 31).

Salomón establece el templo en Sion

El logro más grande de Salomón es la construcción del templo permanente de Dios en Jerusalén para reemplazar al tabernáculo, usando solo los mejores materiales y sin escatimar gastos. El arca es traída al templo para marcar el cumplimiento del viaje de los israelitas fuera de la esclavitud en Egipto. El Señor e Israel descansan ahora en la tierra. Cuando el arca se deposita en el templo, la nube del éxodo llena el templo, demostrando que la gloria del Señor está presente en Jerusalén (1 Re 8:11). Una vez más, Dios tiene un lugar en la tierra, en medio de su pueblo.

En la gran ceremonia de dedicación, Salomón relaciona específicamente la construcción del templo con el cumplimiento de las antiguas promesas de Dios a Israel. Antes de esto, el Señor no se había asentado en un solo lugar en Israel. Ahora, Jerusalén es elegida como la ciudad de Dios y el templo como un lugar «para el Nombre del Señor» (1 R 8:19-21; cp. Dt 12:5). En su oración de

dedicación, Salomón reconoce que los cielos mismos no pueden contener a Dios, mucho menos un edificio hecho por manos humanas. Sin embargo, cuando la nube desciende al santuario interior del templo, nos informa que la gloria de Dios está verdaderamente presente en medio de su pueblo. Salomón pide a Dios que el templo pueda ser un lugar donde los israelitas puedan orar y ser oídos por el Señor. La presencia de Dios en el templo simboliza su cercana relación con el pueblo.

La época de Salomón es marcada con grandes cumplimientos de promesas. Israel es ahora una nación cohesiva que vive en su tierra prometida, y el Señor habita en medio de ellos. Salomón agradece por estas cosas: «¡Bendito sea el Señor, que conforme a sus promesas ha dado descanso a su pueblo Israel! No ha dejado de cumplir ni una sola de las gratas promesas que hizo por medio de su siervo Moisés» (1 Re 8:56). Jerusalén es establecida como la capital de Israel, con el templo y la residencia del rey dentro de sus muros. Esto marca un nuevo capítulo en el relato de Israel.

Jerusalén (o «Sion», como también se le conoce) enciende la imaginación de los profetas y de los líderes de Israel en el tiempo de Salomón y también después. La ciudad con el templo de Dios en ella es celebrada en mucha de la poesía de Israel:

> Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza
> en la ciudad de nuestro Dios.
> Su monte santo, bella colina,
> es la alegría de toda la tierra.
> El monte Sion, en la parte norte,
> es la ciudad del gran Rey.
> En las fortificaciones de Sion
> Dios se ha dado a conocer como refugio seguro.
> (Sal 48:1-3)

> Grande es el Señor en Sion, ¡excelso sobre todos los pueblos! (Sal 99:2).

Jerusalén viene a ser el centro de la adoración formal de Israel y los israelitas hacen peregrinaciones regulares a ella; peregrinaciones que inspiran los salmos de ascensión (Sal 120-134). Cuando leemos estos poemas, necesitamos imaginar a los peregrinos llegando a Jerusalén —el mismo lugar donde habita el Señor— y recitando: «A las montañas levanto mis ojos; ¿de dónde ha de venir mi ayuda? Mi ayuda proviene del Señor, creador del cielo y de la tierra» (Sal 121:1-2). Cuando se van acercando a Jerusalén, los peregrinos ven las colinas de Jerusalén y reflexionan respecto a la fuente de su ayuda. Estos peregrinos saben bien que el Señor, quien tiene un «domicilio» local en esta ciudad y que es su ayudador constante, es también el Creador de todo el mundo.

Para llevar su mensaje a Israel, los profetas también usarían la metáfora de Sion una y otra vez. Desafortunadamente, como veremos, esto se debió frecuentemente a cosas que no estaban yendo bien en Jerusalén durante el tiempo de los profetas. Pero, en el gran día de la dedicación del templo, esto debe haber parecido como si el Edén mismo hubiera sido recuperado. El shalom y una gran bendición descansan ante Israel. Aparentemente la monarquía ha traído paz y prosperidad en la medida en que Samuel y otros críticos de la institución monárquica no lo habrían soñado. Ahora, quizá Israel comience a atraer a las naciones hacia Dios.

El reino se divide en dos

Tristemente, las semillas de una lucha civil y la apostasía ya presente en el tiempo de Salomón producen prontamente una mortal cosecha. Primero, Salomón no se opone

a la adoración de Dios en los «lugares altos» donde los Baales han sido adorados, a pesar del peligro de apostasía. Segundo, comienza a usar trabajo forzado para cumplir con sus ambiciosos planes de construcción. Tercero, toma para sí, esposas extranjeras. La primera y la tercera semillas dejan el reino vulnerable a la idolatría y tal idolatría comienza a corromper a Israel mientras Salomón va envejeciendo. Su uso de trabajos forzados comienza a distanciar al pueblo y para el tiempo de la muerte de Salomón su resentimiento se ha vuelto intenso. Más importante aún, el Señor se enoja por la idolatría de Salomón (1 Re 11:33), la cual ha violado el corazón del pacto. Entonces, Dios le dice a Salomón que él arrebatará una gran parte del reino a los herederos de Salomón, dejando solo dos tribus, Judá y Benjamín para que sean gobernadas por su sucesor (11:13, 36).

De acuerdo a la palabra de Dios, después de la muerte de Salomón, la nación se divide en el reino del norte (llamado Israel) bajo el rey Jeroboán y el reino del sur (llamado Judá) bajo el rey Roboán. La rebelión de las tribus del norte contra el heredero de Salomón sucede como respuesta explícita a la política de Salomón de usar trabajos forzados. Cuando Roboán rechaza la petición de las tribus del norte de aligerar la carga de los trabajos forzados, el reino se divide. Las consecuencias políticas de este cisma son inmensas (1 Re 12). La nación de Israel está ahora dividida contra sí misma, y ambos reinos están mucho más vulnerables a sus enemigos. Pronto, cada uno comienza a tratar al otro como su enemigo.

Después de la separación, ¿cómo puede el reino del norte permanecer fiel a Dios, quien «vive» en el sur, en Jerusalén? Jeroboán (el rey del norte) tiene un problema religioso con implicaciones políticas y militares. Jeroboán corre el riesgo de perder el control de su propio reino

si permite a sus súbditos viajar al sur para adorar en el templo que está en territorio de Judá. Para evitar esto, Jeroboán abraza la idolatría. Repite el pecado de los israelitas en el Sinaí (Ex 32) al hacer dos becerros de oro y arreglarles santuarios en Dan y Betel (1 R 12:26-33). Esto es un calamitoso comienzo para el reino del norte, y su historia subsecuente tiene apostasía escrita por todas partes. Por medio del profeta Ahías, Dios rechaza a Jeroboán, principalmente debido a la idolatría de su reino (1 Re 14).

Elías y Eliseo confrontan a un Israel infiel

Desde este punto en el relato de Israel, el rol y el mensaje de los profetas se incrementa en importancia. (La palabra «profeta» literalmente significa 'uno que habla por...', en este caso, Dios). A través de la historia de Israel, la palabra de Dios ha jugado un rol clave, ya sea que haya venido por medio de Moisés o Samuel o por otro profeta. Sin embargo, cuando el oficio de rey llega a estar firmemente establecido en Israel, el oficio del profeta se vuelve más claramente delineado de otros roles públicos. Todos los libros proféticos del Antiguo Testamento vienen del tiempo de la monarquía o después del exilio. Así, el oficio profético aparece en Israel como un contrapeso al poderoso oficio de rey.

No hay dinastía entre los profetas; cada uno es llamado separadamente para llevar la palabra de Dios a Israel y especialmente a sus líderes en un momento específico de la historia de la nación. Israel es una teocracia, y la palabra de Dios, no la palabra de un rey humano tiene la autoridad final. Por esa razón, frecuentemente encontramos al profeta en una airada confrontación con el rey de su tiempo. Por ejemplo, cuando el hijo de Jeroboán se enferma, él manda a su esposa a consultar a Ahías. Este profeta tiene entonces la poco envidiable tarea de decirle

a la esposa del rey Jeroboán que su hijo morirá tan pronto como ella esté de vuelta en su ciudad. Esta muerte será preferible al juicio que está por ocurrir al resto de la casa de Jeroboán (1 Re 14:15).

Pero Dios es paciente y sufrido y no destierra rápidamente al reino del norte al exilio. Tristemente, los reyes que siguen a Jeroboán son bastante parecidos a él en su pecado. Los eventos en el norte llegan a su punto más bajo cuando Acab toma el trono de Israel. Acab se casa con Jezabel, una extranjera que trae la adoración de Baal con ella a su matrimonio y al reino del norte. Su rebelión contra Dios es extremadamente descarada. En este contexto de apostasía radical, Dios llama a Elías el profeta, para confrontar a Acab en nombre del Señor. Yaciendo bajo la lucha entre Elías y Acab se encuentra el conflicto más fundamental entre Baal y el Señor: ¿a cuál «dios» le darán su lealtad los del norte?

Este conflicto lleva a una dramática disputa pública entre Baal y el Señor en la cima del monte Carmelo. Elías convoca al pueblo y los insta a decidirse en su mente y corazón: «Si el Dios verdadero es el Señor, deben seguirlo; pero si es Baal, síganlo a él» (1 Re 18:21). El pueblo permanece en silencio y Elías hace sacrificar dos bueyes y declara que el verdadero Dios enviará fuego desde el cielo para consumir uno de los sacrificios. Los profetas de Baal claman a sus dioses todo el día, pero no hay respuesta. Luego, Elías construye un altar con doce piedras para representar a las doce tribus de Israel. La madera y el buey del sacrificio son colocados en el altar y le echan agua encima. En el momento previo al sacrificio Elías ora al «Señor, Dios de Abraham, Isaac e Israel». Cuando el Señor envía fuego que consume el sacrificio y el altar, el pueblo cae sobre sus rostros y clama: «¡El Señor es Dios, el Dios verdadero!» (1 Re 18:39).

Necesitamos entender el ministerio de Elías, y también el de Eliseo (que le sigue), en el contexto de esta guerra a vida o muerte entre Baal y el Señor. Por medio de Elías y Eliseo, el Señor triunfa sobre la sequía (1 Re 18:41-46), el hambre (1 Re 17:8-16), la sed (2 Re 2:19-22), la deuda (2 Re 4:1-17), la infertilidad (2 Re 4:11-17), la enfermedad (2 Re 5:1-19) y la muerte (1 Re 17:17-24; 2 Re 4:18-37). Los adoradores de Baal creían que aquellas áreas de la vida estaban bajo el control de Baal. Elías y Eliseo muestran que el Señor Dios es el único rey de su pueblo, de cada aspecto de sus vidas y, de hecho, de toda la creación.

Las bendiciones que vienen del Señor a través de los profetas no están limitadas a Israel. Cuando Naamán, un comandante del ejército de Aram (Siria), sufre de lepra y va en desesperación a Eliseo para ser sanado, Dios responde a su oración (2 R 5). Entonces Naamán se lleva con él toda la tierra que puede cargar sobre dos mulas, para poder adorar al Señor sobre «la tierra» de la promesa —aunque él ha regresado a Aram— su propio país. Aquí hay un ejemplo maravilloso de Israel trayendo bendición a las naciones. Tristemente, Israel mismo llega a ser más y más como las naciones paganas circundantes, porque el pueblo se niega a servir solamente al Señor.

Israel se dirige vertiginosamente al desastre y al exilio

Muchos de los relatos que narra 2 Reyes se refieren a los reinos del norte y del sur, como si se estuviera viendo una presentación en pantalla doble, con los dos relatos corriendo paralelamente. En el norte, Jehú es llamado por Dios y ungido por Eliseo con la instrucción específica de arrasar la casa de Acab (2 Re 9). Él hace esto, pero también mantiene la adoración a los becerros de oro y las tradiciones de Jeroboán. Israel continúa dirigiéndose vertigi-

nosamente hacia el desastre. Asiria es el gran imperio del Medio Oriente en ese tiempo y su sombra cae crecientemente sobre el reino del norte. Durante el reinado del rey Oseas en Israel, Asiria invade el reino del norte, asedia su capital, Samaria, por tres años y luego deporta a las tribus del norte de Israel a Asiria en el 722 a.C. (2 Re 17). Esto marca el final del reino del norte.

El narrador de 2 Reyes se detiene en este punto para hacer una larga reflexión acerca de por qué había acontecido tal cosa a Israel. El exilio provoca las preguntas más fundamentales en la mente de los israelitas fieles. ¿Acaso no era la tierra un regalo del Señor mismo? ¿Cómo podía entonces él permitir que su pueblo fuera quitado de ella? ¿Dónde están las promesas de Dios? ¿Qué pasará ahora con Judá, el reino del sur? ¿Ha abandonado Dios sus promesas a Abraham, Moisés y David?

Las respuestas a estas preguntas se presentan en 2 Reyes 17:7-23. El Señor ha castigado al reino del norte en esta forma debido a su desobediencia al pacto. Aunque Dios ha advertido repetidamente al pueblo a través de sus profetas de las consecuencias de su idolatría, ellos persistieron en su pecado y rebelión. Así que «el Señor... los arrojó de su presencia» (2 Re 17:18). El exilio no viene como resultado del poder de Asiria, sino porque la voluntad del Señor no detuvo más el juicio.

De forma amenazante, el narrador nota que Judá, el reino del sur, no se ha comportado tan diferentemente (2 Re 17:19). Pero Judá continúa sin ser conquistada y a la monarquía de allí le va mucho mejor en comparación con lo que los reyes del norte experimentaron. En los años siguientes al 722 a.C., el relato resalta dos reyes sobresalientes en Judá, Ezequías y Josías, quienes buscaron honrar al Señor. ¿Aún hay esperanza para Judá, debido a que la línea davídica gobierna? El reino de Ezequías es para-

lelo al de Oseas en el norte, pero cuando Asiria amenaza también a Ezequías, él (contrario a Oseas) se encomienda personalmente a Dios. Con la ayuda del Señor, mediada por el profeta Isaías, Ezequías se sostiene firme y Judá es milagrosamente librado de la amenaza asiria (2 R 18-19; cp. Is 8:6-10).

Pero, aun en el reinado de Ezequías, aparecen señales de serios problemas. Mientras que Asiria declina, Babilonia emerge como la nueva potencia internacional. Ezequías tontamente le muestra a los enviados babilonios sus bodegas y evoca con ello un oráculo de juicio de parte del profeta Isaías: el reino del sur también irá al exilio; Babilonia conquistará a Judá (2 Re 20:12-19). Muchas de las profecías que se encuentran en Isaías del 1 al 39 hacen una crónica de la ambigüedad de esos tiempos en los cuales Judá es por completo una nación pecadora dirigiéndose hacia el juicio.

El rey Manasés, como sucesor de Ezequías, promueve la idolatría y el sincretismo y es famoso por perpetuar la injusticia en su reino. La perdición de Judá parece inevitable.

Es entonces cuando el nieto de Manasés, Josías, repentinamente se convierte en rey, ¡con tan solo ocho años de edad! Cuando aún era un hombre joven, Josías escucha que se ha descubierto un libro de la ley que está siendo leído en voz alta en el templo y le conmueve grandemente lo que escucha. Entonces Josías dirige al pueblo de Judá hacia el arrepentimiento público, renueva el pacto de Dios con ellos y se embarca en una gran reforma de la adoración. Josías agrada al Señor en todo esto y es elogiado por su reinado.

Pero aun el liderazgo ejemplar de Josías es insuficiente y llega demasiado tarde para Judá. Por el profeta Jeremías sabemos que las reformas instituidas por Josías probablemente no fueron ampliamente abrazadas y la tenden-

cia hacia la apostasía continuó. La sombra de Babilonia cae más y más sobre Judá. Durante el reino de Sedequías, Babilonia conquista al reino del sur y le prende fuego al templo y al palacio real. Jerusalén es reducida a ruinas y la mayoría del pueblo de Judá es exiliada a Babilonia en los años 587-586 a.C. (2 Re 25).

En este punto de nuestro recorrido por el relato bíblico de Israel, podríamos ser tentados a escribir «Fin» (cp. Ez 7:1-2). Ciertamente debe haber parecido como el fin para los israelitas al ir marchando fuera de su tierra como esclavos hacia Babilonia. ¿Qué había sido de las grandes promesas de Dios a Abraham, del pacto con Israel en el Sinaí, del voto de que la casa de David permanecería por siempre? El templo de Dios había sido destruido. ¿Dónde estaba el Señor mientras Babilonia triunfaba sobre Israel? ¿Había fracasado finalmente el propósito divino para el pueblo? O aun peor, ¿había fallado el propósito divino de redimir a la creación por medio de Israel?

La única esperanza de Israel para encontrar respuesta a estas terribles preguntas estaba en el Señor. Eso es lo que hace que las voces de los profetas sean tan importantes en el relato bíblico y en nuestra comprensión de la cambiante fortuna de Israel. Los israelitas han sido vencidos y aplastados como resultado de su desobediencia —pero *Yahveh* es aún el Señor, y los propósitos de Dios perduran. En los siglos que siguieron a la expulsión de Israel de la tierra, su historia ha sido regularmente interpretada por las voces de los profetas de Dios. Estas voces no se silencian con el exilio. El aparente final de Israel como nación no termina el reino de Dios ni sus propósitos.

El segundo libro de Reyes concluye en una nota tentativa de esperanza: El rey Joacim de Judá es liberado de la prisión en Babilonia y come a la mesa del rey de Babilonia (2 Re 25:27-30). Quizá el relato de Israel no está terminado

del todo, y así la esperanza más segura de Israel respecto a su futuro no descansa en las crónicas de su historia, sino en los escritos de sus profetas.

Las voces de los profetas

Ya hemos visto brevemente el ministerio de Elías y Eliseo en el siglo IX a.C. También Oseas (en el siglo VIII) profetiza al reino del norte en forma poderosa y conmovedora. Él compara a Israel con una esposa que se ha vuelto una prostituta —y aun así su esposo no puede renunciar a ella. Él agoniza por ella y espera que regrese a él y que sea una esposa fiel. Así, el horror del adulterio se convierte en una metáfora de lo que Israel está cometiendo contra el Señor.

Amós, otro profeta de los siglos VIII y IX a.C., es un pastor llamado por el Señor a ser un profeta tanto para el reino del norte como para el del sur. La predicación de Amós es altamente creativa y el mensaje que trae es devastador. Él retrata al Señor como un león a punto de saltar sobre su presa (Amós 1:2). En un sermón extraordinario (1:3–2:16), Amós denuncia uno a uno a los vecinos de Israel. Casi puede escucharse un fuerte «¡Amén!» de Israel cuando Damasco, Gaza, Tiro, Edom, Amón y Moab son condenados por turno; y luego viene el giro: Amós se vuelve hacia Judá e Israel, denunciándoles debido a que ellos también han rechazado la instrucción del Señor y están llenos de idolatría e injusticia. Ellos también sufrirán un terrible juicio. (Aquí parecen dejar de sonar los «amenes»).

Jeremías y Ezequiel profetizan en Judá durante su expulsión de la tierra. Jeremías comienza su ministerio durante el reinado del rey Josías, advirtiendo al pueblo de Judá en contra de confiar en los meros símbolos de la presencia de Dios tales como el templo. El Señor le dice a Jeremías que se pare en la entrada del templo y que les advierta en contra de una falsa confianza en los rituales:

> Así dice el Señor Todopoderoso, el Dios de Israel: «Enmienden su conducta y sus acciones, y yo los dejaré seguir viviendo en este país. No confíen en esas palabras engañosas que repiten: '¡Éste es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor!' Si en verdad enmiendan su conducta y sus acciones, si en verdad practican la justicia los unos con los otros, si no oprimen al extranjero ni al huérfano ni a la viuda, si no derraman sangre inocente en este lugar, ni siguen a otros dioses para su propio mal, entonces los dejaré seguir viviendo en este país, en la tierra que di a sus antepasados para siempre. ¡Pero ustedes confían en palabras engañosas, que no tienen validez alguna!» (Jer 7:3-8).

Tales sermones nunca son populares y Jeremías sufre una terrible oposición incluso mientras se lamenta por su mensaje al reino del sur. El grado de su agonía y de su lucha es evidente en sus oraciones personales, que están dispersadas a lo largo de sus escritos. En el capítulo 15, Jeremías narra cómo «comía» las palabras de Dios con gozo y delicia, pero ahora su dolor es interminable y su llaga es dolorosa e incurable (Jer 15:16-18). Verdaderamente, ¡no es cosa fácil ser profeta de Dios!

El mensaje de todos estos profetas es que a menos que el pueblo se arrepienta y regrese a Dios y le obedezca, el juicio vendrá. Los profetas comienzan a hablar amenazantemente del «día del Señor». Ya no se anticipa como el día de bendición y de juicio sobre los enemigos de Israel; en vez de eso, será el día de juicio para Israel mismo. Como vimos antes, ese «día» viene, primero para el reino del norte, de Israel (en el 722 a.C.) y luego para el reino del sur, de Judá (entre el 587 y 586 a.C.).

Ezequiel ministra entre los exiliados en Babilonia. Él describe que la gloria del Señor se está yendo de

Jerusalén (Ez 10) e interpreta para los israelitas el significado de lo que les ha ocurrido a ellos en el exilio.

Profetas como Ezequiel insisten que el exilio no es «el final». Los propósitos del Señor continúan, tal como sus promesas del pacto a Abraham, a Moisés y a David. Los oráculos de juicio de los profetas están misericordiosamente intercalados con oráculos de esperanza y de un futuro brillante para el pueblo de Dios. Así, Jeremías promete que la nación retornaría del exilio y ocuparía una vez más la tierra de la promesa. Jeremías ve un futuro en lo que Dios dice:

> Haré un nuevo pacto
> con el pueblo de Israel
> y con la tribu de Judá...
> Pondré mi ley en su mente,
> y la escribiré en su corazón.
> Yo seré su Dios,
> y ellos serán mi pueblo...
> todos, desde el más pequeño
> hasta el más grande, me conocerán...
> (Jer 31:31, 33-34)

La catástrofe del exilio en Babilonia

Debido a que la tierra y el templo fueron símbolos tan importantes para nacionalidad de Israel y para su identidad como pueblo amado por Dios, el exilio fue una experiencia catastrófica. Los instrumentos del exilio fueron las grandes potencias de la época: primero Asiria y luego Babilonia. Después de la caída de Asiria (en el 612 a.C.), Babilonia ganó el control del Oriente Medio. Nabucodonosor, rey de Babilonia (605–562), vence a los egipcios en Carquemis en el 605; él y sus sucesores mantienen su dominio hasta que Ciro de Persia

vence a los babilonios en el 539. Después de la batalla de Carquemis, el reino del sur, Judá, se convierte en súbdito de Babilonia, pero algunos años después, el rey Joacim de Judá se rebela contra sus conquistadores babilonios (2 Re 24). Entonces Nabucodonosor sitió Jerusalén y tomó al sucesor de Joacim, Joaquín, llevándoselo como prisionero a Babilonia. Diez años después, Sedequías de Judá (un «rey títere» a quien Nabucodonosor había designado) también se rebeló contra Babilonia. Una vez más, Nabucodonosor regresa a Jerusalén, pero esta vez su ejército destruye la ciudad y el templo y se lleva a la mayoría de los ciudadanos de Jerusalén a Babilonia (587–586 a.C.; 2 Re 25). Así que, el Señor usó a los imperios impíos de Asiria y Babilonia como instrumentos de juicio sobre su pueblo Israel.

No deberíamos pensar que el Señor fue rápido para expulsar al pueblo de la tierra. Al contrario, Dios es retratado en el Antiguo Testamento como alguien que se mueve lentamente y con pesar hacia el juicio. Oseas transmite con fuerza la agonía que Dios soporta al llegar a la decisión de sacar a Israel de la tierra: «¿Cómo podría yo entregarte, Efraín? ¿Cómo podría abandonarte, Israel?» (Os 11:8). Los profetas del Antiguo Testamento sostienen un amplio testimonio de la paciencia de Dios con su pueblo y de los repetidos esfuerzos de Dios para llamarlos de regreso a ser fieles dentro del pacto.

Habacuc profetiza para el reino del sur cuando la influencia de Babilonia proyecta una sombra sobre su vida. Cuando el profeta pregunta cómo es que Dios puede permanecer inmóvil y permitir que la injusticia y la violencia prosperen en Judá, él recibe la respuesta más sorprendente: ¡Dios usará a los babilonios para castigar a Israel! En el resto de sus oráculos, Habacuc lucha con Dios, tratando de asimilar lo que Dios va a hacer. Finalmente,

aunque los caminos de Dios siguen siendo misteriosos para él, el profeta deposita su confianza, así:

> Al oírlo, se estremecieron mis entrañas;
> a su voz, me temblaron los labios;
> la carcoma me caló en los huesos,
> y se me aflojaron las piernas.
> Pero yo espero con paciencia
> el día en que la calamidad
> vendrá sobre la nación que nos invade.
> Aunque la higuera no dé renuevos,
> ni haya frutos en las vides;
> aunque falle la cosecha del olivo,
> y los campos no produzcan alimentos;
> aunque en el aprisco no haya ovejas,
> ni ganado alguno en los establos;
> aun así, yo me regocijaré en el Señor,
> ¡me alegraré en Dios, mi libertador! (Hab 3:16-18)

Los salmos de este período y el libro de Lamentaciones describen claramente cuán catastrófico fue el exilio para los israelitas. El Salmo 80 clama a Dios acerca de Jerusalén: «¿Por qué has derribado sus muros? ¡Todos los que pasan le arrancan uvas! Los jabalíes del bosque la destruyen, los animales salvajes la devoran» (vv. 12–13). El libro de Lamentaciones es una serie de lamentos cuidadosamente estructurados que dan una expresión poética de la profunda pena que experimentaron los exiliados cuando fueron forzados a dejar la tierra. Lamentaciones articula la pena de Israel, reconoce la justicia de Dios en el juicio y apela a Dios para traer restauración y un futuro para Israel. Estos poemas reflejan la desgarradora realidad del exilio: «Los caminos a Sion están de duelo; ya nadie asiste a sus fiestas solemnes. Las puertas de la ciudad se ven

desoladas: sollozan sus sacerdotes, se turban sus doncellas, ¡toda ella es amargura!» (Lam. 1:4).

Paradójicamente, estos escritos también ofrecen una tenue luz de esperanza para los israelitas en el exilio. Lamentaciones da forma a su pena y, con su enfoque en el Señor, mantiene la posibilidad de renovación y restauración. Esta clase de literatura fue crucial para la sobrevivencia de Israel como nación. Sin escuchar la voz de Dios por los profetas, los israelitas no habrían podido mantener su sentido de pertenencia como el pueblo escogido por Dios. Aunque el templo había sido arrasado, Israel aprende en el exilio que su Dios está mucho más que solo en su «casa» terrenal, que es mucho más grande que la nación misma. Dios es verdaderamente el Señor de las naciones, el Señor de toda la creación. Aunque el pueblo pueda sufrir el exilio en Babilonia, Dios no ha sido conquistado.

Además, aunque algunos de los exiliados esperan un pronto retorno de Babilonia a su propia tierra, los profetas refutan esta esperanza. Una vez que Jerusalén cae en el 587-586 a.C., los profetas como Jeremías y Ezequiel se concentran en confrontar a los israelitas. Jeremías insiste que no puede haber un rápido retorno. Él exhorta a los exiliados a «buscar la paz y la prosperidad de la ciudad a la cual han sido exiliados [por el Señor]» (Jer 29:7). El pueblo de Dios ha vivido antes como una minoría entre otras naciones y ahora deberán hacerlo de nuevo.

No sabemos mucho acerca de la vida de los israelitas mientras estuvieron en el exilio. Ciertamente su situación en Babilonia debe haber sido menos que placentera, aunque hubo peores conquistadores que los babilonios. Los israelitas pudieron al menos ser parte del imperio babilonio mientras permanecían en sus propias comunidades y mantenían algunos de sus distintivos cultura-

les y religiosos. Sin embargo, las narraciones del Antiguo Testamento de Daniel y Ester tratan con los conflictos de lealtad que pudieron surgir con los israelitas comprometidos en el exilio.

El libro de Daniel narra las experiencias de Daniel y de tres jóvenes israelitas que fueron llevados a Babilonia cerca de quince años antes del exilio masivo del 587–586 a.C. El relato de Daniel es un registro impresionante de un israelita que ascendió la escalera política estando en el exilio, al mismo tiempo que se rehusó a poner en riesgo su fe. Los cuatro jóvenes rechazaron el abandonar sus leyes alimenticias y así prosperaron en un lugar donde la comida fastuosa era la costumbre. Los tres amigos de Daniel rechazaron adorar la imagen que Nabucodonosor erigió (Da 3). Sobrevivieron al castigo de ser lanzados vivos en un horno de fuego, para luego ser promovidos dentro del gobierno de Babilonia. Daniel también resiste la idolatría. Él no ora a la imagen de Nabucodonosor, y también sobrevive a su castigo en el foso de los leones (Da 6). Con la ayuda de Dios, Daniel (a diferencia de los sabios de Babilonia) es capaz de interpretar los sueños de Nabucodonosor (Da 2, 4).

La segunda mitad del libro de Daniel contiene sus visiones que están llenas de símbolos y que proveen un indicio en cuanto a cómo se desarrollaría la historia. Se levantarían imperios y luego caerían, pero estas subidas y bajadas sucederían en el contexto del reino eterno del Señor (Da 2:44; 4:3, 34; 6:26). De hecho, uno de los grandes mensajes de Daniel es que el Dios soberano honra a sus siervos conforme ellos ponen a Dios en primer lugar en sus vidas.

ESDRAS Y NEHEMÍAS: ISRAEL REGRESA A LA TIERRA

En el año 539 a.C., el rey persa Ciro vence a Babilonia y permite que los israelitas regresen a su tierra. Muchos, aunque de ninguna manera todos, retornan. El libro de Ester se ubica en el reino del último rey persa Jerjes (486-465 a.C.) y ofrece otro fascinante relato acerca de los israelitas en el exilio.

Ester, como israelita, es elegida para reemplazar a Vasti, como reina del rey Jerjes. Al mismo tiempo, el rey asciende a un noble llamado Amán a una alta posición política. Todos los oficiales reales se arrodillan y lo honran, excepto Mardoqueo, el primo de Ester (y padre adoptivo), probablemente debido a que eso estaba muy cerca de ser idolatría. Amán, furioso, obtiene el permiso de Jerjes para matar a todos los israelitas del imperio. Mardoqueo envía la noticia de esta amenaza a Ester y le sugiere: «¡Quién sabe si no has llegado al trono precisamente para un momento como éste!» (Est 4:14).

Para salvar a los judíos, Ester interviene ante Jerjes exponiendo la trama de Amán, quien termina siendo colgado. Mardoqueo, como José y Daniel, alcanza también una alta posición política. Es intrigante que el nombre de Dios nunca es usado en el libro de Ester, aunque ella llama a su pueblo a ayunar, y tal ayuno presumiblemente incluye oración a Dios (Est 4:16). Aun así, el relato destila un poderoso sentido de la providencia de Dios en la experiencia de los israelitas que permanecieron en el exilio. El festival de Purim entre los judíos de hoy celebra esta liberación (Est 9:18-32).

Los libros de Crónicas terminan exactamente con la misma nota con la que el libro de Esdras comienza: Ciro,

rey de Persia, proclama un decreto de que el templo debe ser reconstruido en Jerusalén (538 a.C.). Esto trae una gran esperanza, porque es el Señor quien ha movido el corazón de Ciro para hacerlo (Esd 1:1; cp. Is 44:28 - 45:1, 13). Ciro libera a muchos del exilio que desean regresar para reconstruir el templo en Jerusalén. Muchos, pero no todos, eligen hacerlo así. Tan solo podemos imaginar sus sentimientos cuando realizan el camino de vuelta a la tierra cincuenta años después de que el templo fuera destruido. Una vez que se han establecido en sus pueblos, se reúnen en Jerusalén y bajo el liderazgo de Josué y Zorobabel, comienza la reconstrucción del altar del Dios de Israel. Esto es un acto de gran valentía ya que otros pueblos se han asentado en estas áreas cuando los israelitas estaban en el exilio y los israelitas no saben cómo reaccionarán.

Tan pronto como el altar es reconstruido, los israelitas celebran la fiesta de los tabernáculos, un recordatorio del tiempo en el que vivieron en tiendas en el salvaje desierto mientras iban de camino desde Egipto hacia la tierra prometida. El altar y la adoración a Dios sirven como potentes símbolos de la presencia de Dios entre su pueblo nuevamente. Aunque el templo aún no está reconstruido, la adoración de los israelitas provee un gran símbolo de esperanza. Una vez que han renovado los rituales de adoración, inician la reconstrucción del templo. El proyecto de reconstruir el templo de Jerusalén recibe la oposición local e incluso interna, pero eventualmente los constructores prevalecen. Con un fuerte ánimo dado por la predicación de los profetas Hageo y Zacarías (Esd 6:14), los valientes constructores israelitas completan el templo y lo dedican al Señor alrededor de veinte años después de su regreso del exilio en Babilonia (516 a.C.).

El lector que no ha seguido el relato de Israel hasta este punto puede ser disculpado si se pregunta si los israeli-

tas lo harán mejor esta vez, o sea, si se comportarán mejor que sus intentos previos de ser una luz para las naciones. El resto de los libros de Esdras y Nehemías narra la historia de los dos líderes (de quienes toman nombre estos libros) que vienen a Jerusalén y juegan un papel importante al mantener en el camino a los exiliados que regresaron. Esdras es un sacerdote y escriba que regresa a Jerusalén alrededor de sesenta años después que el templo es dedicado. Para ese entonces, los israelitas han comenzado a permitir matrimonios mixtos entre su propio pueblo y extranjeros y así, han abierto nuevamente la puerta a la idolatría por medio del sincretismo. Esdras confiesa este pecado, recordándoles de la gracia de Dios al permitir que su pueblo regresara a la tierra, y disuelve tales matrimonios.

Nehemías es un copero en la corte real de Artajerjes en Babilonia. Cuando escucha del estado desolador de los muros de Jerusalén, pide y recibe el permiso para regresar allá (cerca de los años 445–444 a.C.). Al enfrentar oposición violenta, Nehemías guía los esfuerzos por reconstruir los muros de la ciudad (Neh 1-7). Esdras reúne a los israelitas y lee la ley de Moisés, y los levitas enseñan respecto a la misma (Neh 8). El pueblo llora debido a un profundo sentido de su pecado cuando escuchan la ley. Luego, los levitas les guían en oración recordando su relación con Dios, desde la creación, pasando por el llamado a Abraham y llegando hasta su época presente. Oran fervientemente a Dios y renuevan el pacto entre el Señor y la nación de Israel (9:38–10:39).

Al final del Antiguo Testamento, el futuro de Israel permanece incierto. Los israelitas están de regreso en la tierra, pero aun con el templo reconstruido, su existencia como nación es tenue. El templo mismo no tiene su gloria anterior (cp. Hag 2:3). Si nos enfocamos solo en la

situación política de Israel en este punto de su historia, podríamos tener serias dudas acerca de su futuro. Pero los profetas nos dan una seguridad mucho más fuerte acerca del futuro de Israel y acerca del triunfo de los propósitos de Dios para el pueblo. Aunque muchos de los mensajes de los profetas se relacionan directamente con la situación inmediata de Israel, ellos también ven hacia el futuro de la nación y hablan de lo que ha de acontecer. Usan imágenes tomadas de la historia de Israel, hablan del futuro «hijo de David», del «monte Sion», de Israel como siervo de Dios y del templo, y anuncian a los israelitas una visión de lo que vendrá.

En gran parte, el mensaje de los profetas es que Dios juzgará al pueblo por su desobediencia continua. La misma reputación de Dios entre las naciones del mundo está ligada a la vida de Israel como el pueblo de Dios y así, Dios no puede tolerar por siempre la rebelión de Israel. Esto, naturalmente produce dudas acerca de los propósitos de Dios para el futuro, tanto para Israel mismo como para toda la creación. Aun cuando los profetas pronuncian juicio sobre Israel, todavía ven al futuro y declaran que los propósitos de Dios triunfarán. Isaías ve un «vástago del tronco de José» que traerá justicia y derecho y que inaugurará un tiempo en el cual «el lobo vivirá con el cordero... y un niño pequeño les guiará» (Isa 11:1-9). Predice la venida de un siervo sufriente que verdaderamente será luz a las naciones (Isa 49:6; 52:13–53:12). Jeremías 31 habla de un «nuevo pacto» y Ezequiel 40-48 de un «nuevo templo». Todos los profetas, de una manera u otra, ven un futuro de paz entre Dios y la creación.

Juntas, estas imágenes evocan una visión de un tiempo cuando Dios actuará decisivamente para establecer sus propósitos en la creación y entre su pueblo. El Mesías, el ungido, el verdadero Hijo de David vendrá, e Israel será

genuinamente convertido. Los corazones del pueblo regresarán finalmente a Dios (como en Miq 5). Durante este tiempo las naciones, especialmente todas aquellas que se opusieron al Señor, enfrentarán el juicio de Dios. Pero también será un tiempo de salvación para las naciones.

Dios guarda sus promesas. Dios renovará a Israel y luego atraerá a todas las naciones hacia Él, tal como lo prometió a Abraham. En ese proceso, toda la creación deberá ser renovada. El reino de Dios será establecido sobre toda la tierra. El Antiguo Testamento finaliza con esta profunda nota de esperanza.

REFLEXIONES PARA LA ACTUALIDAD

En el Acto 3 y Escena 1 de este drama bíblico, vimos a Israel ser llamado a encarnar los propósitos de Dios para la humanidad y gozar de las bendiciones que fluyen al seguir el gobierno perfecto de Dios. En la Escena 2, Israel recibe la nueva tierra en la que su nueva vida de bendición debía desarrollarse. Es como si en la Escena 1, Dios hubiera seleccionado el elenco (Israel) y le hubiera dado sus líneas (la ley). Ahora, en la Escena 2, ellos están en el escenario del mundo. Este guion no podría ser mejor, y el director está allí para ayudarles en cada «paso de acción». Con todo eso, la actuación es un desastre. ¿Por qué?

Miremos otra vez, brevemente, lo que se ha visto en este capítulo, comenzando con el libro de Josué. Dios es fiel a su pueblo, dándoles la tierra que les ha prometido y yendo delante de ellos para librarlos del enemigo. Pero la lealtad de Israel está dividida: la nación tolera la adoración de ídolos. Al final del libro de Jueces, el pueblo escogido de Dios ha caído tan bajo que es difícil distinguirlos de las naciones que le rodean. En los libros de Samuel, Dios actúa nuevamente en misericordia, dándole al pueblo un rey para reavivar la devoción de Israel hacia Dios y per-

mitiendo que la nación brille como un faro en la oscuridad. Pero los reyes de Israel sucumben frecuentemente en su propia pecaminosidad, guiando a su pueblo, no a la devoción a Dios sino a la rebelión por medio de la tolerancia—y a veces la promoción—de la adoración a dioses falsos. Esto continúa hasta el punto en que el testimonio de Israel acerca de la presencia del Creador en su propio mundo ha sido virtualmente extinguido. Bajo juicio, Dios remueve al pueblo de su hogar, enviándolos al exilio y corriendo prematuramente el telón durante su actuación.

Aunque hay muchas lecciones para nosotros en esta parte del drama bíblico, quizá la más importante y la que la mayoría de nosotros debemos entender en la actualidad, es que la adoración a ídolos trae la ruina. Fuimos creados para adorar solamente a Dios. Al mirar hacia atrás, la fascinación de Israel con los ídolos de las culturas paganas que les rodeaban, podemos preguntarnos cómo pudieron ser tan tontos. Ellos tenían al Dios viviente, al Creador de los cielos y de la tierra, quien les había guiado milagrosamente fuera de la esclavitud, a través del mar y del desierto y del río. Dios había destruido fortalezas frente a sus ojos y les había dado un maravilloso hogar. Pero ellos prefirieron adorar pedazos de piedra, madera y bronce, los «dioses» que habían sido adorados en esa parte del mundo mucho antes de que Israel llegara allí.

Aquellos ídolos en particular no son seductores para nosotros, pero muchos ídolos continúan delineando la vida humana en la cultura Occidental. Cuando una comunidad cultural centra su vida en alguna parte de la creación y confía en eso para traerle vida, allí hay idolatría. Para Israel, que vivía en una economía agraria, el ídolo era la productividad y la abundancia agrícola. Hoy tenemos diferentes ídolos. Hemos confiando en la habilidad humana para construir nuestro propio futuro y para manejar los

problemas del mundo. Hemos confiado en nuestra razón, especialmente cuando esta se halla expresada a través de la ciencia, para darnos las verdades que necesitamos para guiar nuestras vidas. Esto es especialmente evidente en la forma en la que hemos confiado en las ciencias sociales para darnos el patrón de la sociedad ideal. Hemos confiado en la razón humana, en la ciencia y en la tecnología para resolver nuestros problemas y para progresar hacia un mundo mejor y hacia una vida próspera. Aun así, la idolatría trae muerte. En palabras del profeta Ezequiel a Israel: «Ustedes sufrirán un castigo... y llevarán las consecuencias de sus pecados de idolatría» (Ez 23:49). Este es el mensaje del Acto 3, Escena 2, y también lo es para nuestra cultura hoy.[6]

La idolatría puede venir a niveles comunales y culturales, pero puede también tomar formas diferentes a nivel personal. Siempre que centremos nuestras vidas personales alrededor de alguna parte de la creación, en vez de Dios para quien fuimos hechos siervos, allí habrá idolatría. El placer, las posesiones materiales, el estatus social, el ocio —todos son buenos dones en sí mismos y son parte de la bendición de Dios para nuestras vidas— pero pueden fácilmente convertirse en objetos de nuestro servicio. Podemos ver los frutos de tal idolatría en la creciente brecha entre los ricos y los pobres, en nuestra lucha frenética por acumular más y más dinero y cosas a expensas de nuestras familias y de nuestra salud, en los conflictos militares y políticos alrededor del planeta, nac-

6. Ver el texto (en inglés) de Michael W. Goheen, «Charting a Faithful Path Amidst Postmodern Winds» en *A la luz del Cordero: Cristianismo y retos contemporáneos del Evangelio*, ed. Hans Boersma (Vancouver: Regent College Publishing, 2001), pp. 17-31, cuando la condición posmodernista es interpretada como el fracaso de los ídolos de la Ilustración de la razón, la ciencia y la tecnología.

idos del egoísmo, de la envidia, del miedo y de la codicia. En nuestros días, como en los días de los patriarcas y los profetas, aquellos que buscan vivir fielmente de acuerdo al relato bíblico deben oponerse a la idolatría que caracteriza la cultura circundante y «guardarse... de los ídolos» (1 Jn 5:21).

Pero aún hay buenas noticias: La respuesta de Dios a la idolatría es un Rey fiel. Los reyes de Israel fueron en su mayoría hombres cuyos corazones probaron ser tan idolátricos como el pueblo que gobernaban. Sin embargo, Jesús es el Rey que cumple la promesa dada a David. Él realiza fielmente su ministerio y encarna el significado del templo en su obra, llevando sobre sí mismo como Cordero de Dios, el pecado del mundo. Él vence a los enemigos del pueblo de Dios en la cruz y escribe la ley de Dios en los corazones de su pueblo por su Espíritu. Jesús, el hijo de David, el Hijo de Dios, nos guía fuera de la idolatría hacia una vida humana nueva y redimida, inaugurando un reino que trae renovación y paz a toda la creación.

NUESTRO LUGAR EN EL RELATO

1. Hemos visto cómo el antiguo Israel abandonó frecuentemente a Dios y se volvió a los ídolos. ¿Qué formas de idolatría seducen aún a los cristianos y a la Iglesia?
2. Hemos visto que el pueblo del antiguo Israel frecuentemente dio por sentada su relación con Dios, olvidando que las bendiciones de Dios vendrían a ellos solamente si permanecían fieles y obedientes al pacto (Dt 30:11-20). ¿Cómo damos por sentado nosotros algunas veces nuestra relación con Dios? ¿Cuál es la base de nuestro propio pacto con Dios?
3. Los profetas del Antiguo Testamento advirtieron acerca de a dónde llevaría la infidelidad del pueblo

y también dieron esperanza a aquellos que estaban intentando vivir fielmente. ¿De qué manera estos mensajes de esperanza y de advertencia son aún relevantes para nosotros hoy?

4. Ya no vivimos en un régimen semiteocrático como Israel. Pero, ¿Cómo pueden las leyes de Dios guiar la vida pública en democracias Occidentales como las nuestras?
5. ¿En qué formas piensa usted que los juicios de Dios aún operan en nuestro tiempo? ¿Es posible identificarlos claramente?